

Beatriz Pastor y Sergio Callau, ed. *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones*. Madrid: Castalia, 2011; 460 pp.

En la introducción biográfica y crítica de *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones* se plantea esta pregunta: “¿Por qué ha seguido este episodio ejerciendo tal fascinación entre historiadores, novelistas, pensadores y cineastas hasta hoy?” (10). La respuesta la obtendrá el lector de este interesante libro, cuyo tema central es la expedición que en 1560 encabezó Pedro de Ursúa con el propósito de encontrar el Dorado, la mítica región de riquezas legendarias que se suponía situada en algún lugar de la cuenca del Amazonas. Pero el protagonista de una de las empresas “más codiciadas del momento” no fue Ursúa, astuto y aguerrido conquistador al servicio de la corona española, sino el soldado Lope de Aguirre, quien en plena travesía trama la rebelión contra el rey de España y la pone en ejecución junto con otros navegantes del río Marañón que, por convicción o por temor, respaldan al “loco” que cambia el objetivo original por un proyecto político: independizarse de la Corona española.

Esta es la historia de una rebelión; de sus pormenores nos enteramos gracias a una serie de documentos que los editores han seleccionado con el fin de que sean las voces de los propios participantes en la aventura las que narren los hechos y transmitan sus propias experiencias. La importancia histórica de los textos editados —transcripciones literales y ediciones de manuscritos—<sup>1</sup> no disminuye la relevancia literaria de estas cartas, relaciones y

---

<sup>1</sup>En nota a pie de página se presenta una síntesis de la noticia bibliográfica de los textos que se comentan en esta reseña. Los editores de *Lope de Aguirre y la rebelión de los*

documentos en los que hombres de carne y hueso cuentan la aventura y *su* aventura; expresan, cada uno a su manera, su odio, su rencor, su temor, el sufrimiento que les produce enfrentarse a una realidad decepcionante y desesperanzadora.

Los textos reunidos en este volumen se organizan en tres partes: I. Cartas; II. Relaciones; III. Otros documentos. La primera parte contiene tres cartas escritas por Lope de Aguirre: una al provincial Montesinos, de la isla de Santo Domingo, en que justifica su alzamiento y castiga a aquellos que, habiendo jurado por su rey a Fernando de Guzmán una vez muerto Ursúa, se amotinaron en su contra. En otra carta se dirige a Pablo Collado, gobernador de Venezuela, para rechazar los “perdones” que le ofrece. La más interesante es la misiva que Aguirre escribe a Felipe II, en la cual, con un tono exaltado e irreverente, reprocha al monarca ser “cruel e ingrato a tan buenos servicios” de sus vasallos, a los que no ha sabido corresponder (71); en sus malos tratos e injusticias funda las razones para sublevarse, pues “hemos alcanzado en estos reinos cuán cruel eres y quebrantador de fe y palabra. Y así, tenemos en esta tierra tus perdones por de menos crédito que los libros de Martín Lutero...” (72). En esta primera sección del libro se incluye también una carta de Collado a Gutierre de la Peña, General de campo de la gobernación de Venezuela, redactada cuando este último se aprestaba a enfrentarse con Aguirre en la Nueva Valencia.

La parte central y más sustanciosa del libro la conforman las siete relaciones escritas por “marañones” enrolados en la expedición del Dorado: Pedro de Monguía, Gonzalo de Zúñiga, Francisco Vázquez, Juan de Vargas Zapata, Capitán Altamirano, Custodio Hernández, más una anónima. Aunque las relaciones varían en extensión, incluyen, en general, el mismo tipo de informe; este es el relativo a los recursos que fue necesario reunir para poner en marcha la empresa: navíos, gente, armas, animales, vitualla. Asimismo,

---

*marañones* proporcionan la noticia bibliográfica de cada uno de los documentos por ellos editados, en las pp. 43-49.

las relaciones incluyen listas con nombres y cargos de quienes encabezaban la armada y el itinerario que siguieron: puntos geográficos en los que se detenían y distancias recorridas. Los siete autores relatan la rebelión liderada por Lope de Aguirre con base en cinco hechos principales y en el orden en que sucedieron: el asesinato de Pedro de Ursúa —jefe de la expedición y gobernador de los reinos de Omagua y el Dorado—,<sup>2</sup> el nombramiento de Fernando de Guzmán como sustituto de Ursúa, la serie de asesinatos que siguió a ese nombramiento (que comienza con el del mismo Guzmán), la llegada a la isla Margarita y la reacción de los pobladores y autoridades ante los estragos causados por el tirano y su gente. El común denominador en las relaciones es la constante mención del hambre que padecieron los expedicionarios a causa del insuficiente abastecimiento y de la dificultad para conseguir alimentos. Ninguna deja de referir la falta de comida, que agravaba la enfermedad y llevaba a la muerte a lo largo de la desastrosa empresa.

Por otro lado, las relaciones presentan diferencias en cuanto a los sucesos con que comienzan y finalizan; en cuanto a los detalles con que refieren determinados hechos, a los pormenores con que describen lugares y personajes, y a la manera de recrear ciertos acontecimientos. Para ilustrar las diversas maneras de contar, revisemos algunos aspectos de los textos escritos por Pedro de Monguía, Gonzalo de Zúñiga, Custodio Hernández y el “marañón” no identificado, cuya relación aparece como “anónima”.

La crónica anónima<sup>3</sup> y la de Pedro de Monguía<sup>4</sup> son las más breves, las que más resumen los hechos. Varios fragmentos de la

---

<sup>2</sup>Cargos que le habían sido concedidos por el Marqués de Cañete, virrey del Perú.

<sup>3</sup>Relación escrita a finales de 1561, después de la muerte de Aguirre. La edición se ha realizado a partir del extracto que Emiliano Jos hace de la relación que él presenta como *Relación anónima* en *La expedición de Ursúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre*. El texto que Jos presenta es su propia narración historiográfica y en ella inserta citas textuales del manuscrito (47).

<sup>4</sup>Escrita supuestamente en Burburata en 1561. El texto de esta relación parte de la edición que realiza Luis Torres de Mendoza del original que se encuentra en la Colección Muñoz (45).

de Monguía semejan un simple informe: empieza en el momento mismo de la partida desde los Motilones y termina antes de que Lope de Aguirre sea vencido y muerto. Prácticamente se limita a proporcionar los datos generales que contienen todas las relaciones. La noticia de la sublevación la introduce con los nombres de aquellos que entran a la estancia de Ursúa para matarlo; lacónicamente refiere el asesinato del gobernador y cómo, una vez muerto éste, se repartieron los nuevos nombramientos, encabezados por Fernando de Guzmán, general, y Aguirre como su maestre de campo. Son muy pocas las veces que Monguía cita, en estilo directo, palabras dichas por los personajes; sobresalen las que un tal Antón Llamoso dirigió a Lope de Aguirre, porque muestran el clima de intrigas que se generó a raíz de los primeros asesinatos y de la designación de Guzmán como jefe de la expedición:

¿No sabes que vuestro amigo Lorenzo Salduendo ha dicho [...] que pese a tal, que vivan sin vos, y arrojó la lanza y el sombrero, y tornolo a coger del suelo luego, y fuese derecho a casa de don Fernando, y allá están en consulta él y los demás capitanes con don Fernando? Creo que os quieren matar, por eso mirá lo que os cumple (90).

Inés de Atienza es, sin duda, una de las figuras más interesantes de la expedición. El papel que le tocó desempeñar añade la nota “novelesca” a la historia de la búsqueda del Dorado; sin embargo, Monguía apenas menciona “que había sido amiga del Pedro de Orsúa” (90), cuando se tramaba su muerte. Marginalmente aparece también su nombre en la relación anónima, pero en esta se alude también a doña Elvira, hija de Aguirre, a quien Fernando de Guzmán había prometido casarla con un hermano suyo. No obstante ser el anónimo un texto bastante compacto, que apunta sólo a lo esencial del asunto “político”, llama la atención que el autor, además de otorgar espacio a los discursos de Aguirre y Guzmán — que explican la “separación” de la corona española — abunde en ciertos detalles: precisa el número de mujeres que viajaban: “siete mujeres casadas y otras cinco que se

pretendían casar” (326); y reelabora el momento en que el tirano, al final de su aventura y viéndose perdido, decide dar muerte a su hija:

[...] entró en el fuerte diciendo que iba a ver a su hija, porque “cosa que yo tanto quiero no venga a ser colchón de bellacos”. Al anunciar su propósito se le abrazó la hija diciendo: “No me matéis, padre mío, que el diablo os engañó!” El tirano le dio tres puñaladas dando gritos diciendo: “¡Hija mía!” (335).

La captura y muerte del “perverso” recibe también la atención del anónimo relator, que cuenta los pormenores de la escena en que soldados leales al rey aprehenden y matan a Aguirre, mientras comunica sus voces y describe sus acciones (335). Por fin han podido acabar con ese hombre; antes de cerrar su relación con la lista de sus víctimas, indicando, en cada caso, el tipo de muerte que les dio — a lanzadas, a estocadas, a cuchilladas, garrote — deja un “retrato” del tirano vascongado, natural de la villa de Oñate:

Sería cuando murió de cuarenta y cinco años y dende arriba, que ya le faltaban las muelas. Era pequeño de cuerpo y muy mal hecho, feo de rostro y los ojos muy sumidos, entreairados, y cojeaba de la pierna derecha [...]. Era un hombre de vivo juicio, aunque lo empleaba mal. Qué decir del que era el más mal hombre que de Judas acá [ha] habido [...] (336).

Custodio Hernández, autor de otra de las relaciones,<sup>5</sup> hacia el final de su texto añade datos que contribuyen a completar el cuadro de los últimos días y momentos de la vida del tirano: antes de matar a su hija Elvira — a quien “acompañaba una mujer muy honrada” (361) —, Aguirre le pidió que se encomendara a Dios y

---

<sup>5</sup>Basada en el extracto que Emilio Jos hace de la *Relación Hernández*, relación anónima que él mismo atribuye con buenos argumentos a Custodio Hernández en *La expedición de Ursúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre, según los documentos del Archivo de Indias y varios manuscritos inéditos* (47).

tomara un crucifijo, porque quería matarla. Más adelante escribe que “el lunes a veinte y tantos días de octubre, año de mil y quinientos y sesenta y un años” murió el tirano. Hablando en tercera persona, Hernández se señala a sí mismo como el soldado que aprehendió a Aguirre, al cual “Yendo cayendo, Custodio Hernández le echó mano a las barbas y le cortó la cabeza con su misma espada” (363); ya antes había indicado cómo en Barquisimeto se pasó al campo de Su Majestad, es decir, a los leales de la corona (361). He aquí al autor de la crónica, hablando del papel que desempeñó, el cual comenzó con los preparativos de la ambiciosa empresa:

[...] este Custodio Hernández trabajó mucho él y sus indios, y le sustentó gran parte de la armada de maíz y carne e indios y cargas, y de otras muchas cosas que hubo menester para servicio de aquel astillero; y ayudó con muchas carnes, indios que anduviesen en ellas sirviendo en el río, y todo a su costa y con celo de servir Su Majestad como siempre lo ha hecho (343).

Una de las peculiaridades que agregan interés a esta crónica es la especial atención que pone en describir el carácter y ciertas conductas de algunos de los expedicionarios, los cuales explican, en buena parte, los conflictos que se suscitaron durante la travesía. Por ejemplo, refiere cómo Ursúa obligó a algunos a enrolarse en contra de su voluntad, como al clérigo Portillo — a quien además le quitó su dinero — y a Alonso de Montoya, alcalde de Santa Cruz, al que incluso le echó cadenas (345). Con estas actitudes el gobernador se había ganado enemigos aun antes de partir, y durante el viaje se le percibía “desabrido y enfermo” (346). Su carácter motivaba el odio de muchos de sus subordinados; así lo hace ver un fragmento de la alocución en que Aguirre justifica la eliminación de Ursúa:

[...] acordándose vuestras mercedes del mal tratamiento que este enemigo de todos nos hacía, y cómo nos traía avasallados, echándonos de su conversación cuando lo íbamos a ver, y cómo no quería

que nadie comiese sino él [...] que nos quería por aquí traer perdidos algún tiempo y después salirse y dejarnos perdidos [...] (348).

Una vez muerto Guzmán y los que le eran leales, el clima de desconfianza crecía; las murmuraciones generaban el temor de Aguirre, quien no se sentía seguro en ningún momento. Hernández cuenta que el tirano

anduvo sobre aviso; hacía como que se acostaba, pero se iba al monte con algunos amigos; nunca se quitó la cota y mostraba mucho regocijo, andaba cobrando amigos, dándoles de lo que tenía, mostrábase afable con todos los soldados y, ciertamente, en aquel tiempo hiciera mil soldados si los hubiera (350).

En esta relación encontramos algunos otros detalles que contribuyen a delinear el perfil de doña Inés de Atienza. Cuando refiere los preparativos de la expedición, menciona que Ursúa se detuvo unos días en Trujillo “a causa de una viuda: doña Inés” (344), que “era la más linda dama que en el Perú quedaba a dicho de cuantos la conocieron” (355). Esta mujer, a decir del cronista, ejercía una fuerte influencia en el gobernador, que no gobernaba sino con ella (346):

y era tanto lo que la quería que, cierto, se perdía por ella, y decían los soldados que no era posible sino que estaba hechizado. De esto y otras cosas murmuraban mucho los malintencionados, y a los otros no se le daba nada (346).

Pero a algunos sí se les daba, y mucho: llevaban veinticinco días de camino — cuenta Hernández — cuando Aguirre, Salduendo, La Bandera Montoya y diez más trataron de fugarse, pero el primero dijo que “huir era de hombres ceviles” (es decir, cobardes, viles), que mejor mataran al traidor de Ursúa y nombraran a don Fernando como su general. Pareció esto bien a todos, “especialmente a Juan Alonso y a Salduendo, que se morían por doña Inés” (347).

Este cronista es el único que alude a la reacción de la mujer ante el asesinato del gobernador:

Querer encarecer aquí lo que doña Inés sintió cuando vido muerto a Pedro de Ursúa será nunca acabar, pero meta cada uno la mano en su pecho y sentirá lo que la pobre señora, que uno le decía puta, y otro le decía que ella había muerto al Gobernador con hechizos. [Ella] callaba, aunque de llorar era imposible (348).

Sola, doña Inés se convirtió en la manzana de la discordia, sobre todo entre Juan Alonso y Salduendo. Este procuró “servirla”, y ella “viéndose tan acosada vino a hacer lo que quiso. Con esto se holgara que a todos los matadores de Pedro de Ursúa los llevara el diablo” (351). Pero para Aguirre era causa de gran disgusto, porque Salduendo, capitán de la guardia de don Fernando de Guzmán, descuidaba sus responsabilidades, pues “nunca salía de junto a ella de día y de noche” (351). Finalmente, víctima de los celos y de las intrigas, también fue asesinada por “dos muy grandes bellacos” (355), amigos de Aguirre: “el uno le dio de agujazos, y el otro la tomó por los cabellos y le dio veinte puñaladas, y así acabó la pobre señora, que era la mayor lástima del mundo” (355).

La relación de Gonzalo de Zúñiga es la más extensa entre las incluidas en esta edición, y, probablemente, la de mayor importancia desde el punto de vista literario, pues aunque concluye antes de la muerte de Aguirre, el recuento de los antecedentes de la expedición, las detalladas descripciones del entorno geográfico, la caracterización de los principales personajes, el relato pormenorizado de la travesía y de los hechos que enmarcan la rebelión, así como la recreación de algunos de los momentos más dramáticos, logran un texto de gran riqueza que va más allá de una crónica de lo acontecido durante la travesía.

Antes de que Pedro de Ursúa recibiera el encargo por parte del virrey del Perú de organizar y encabezar la expedición en busca del Dorado, dos gobernadores —Gómez Arias y Juan de Salinas— habían emprendido la exploración por dos partes diferentes; ambos se perdieron y sus armadas quedaron desbaratadas. Así comienza Zúñiga la relación (105).

En seguida expone las cualidades que, a los ojos del marqués de Cañete, hacían de Ursúa el hombre indicado para descubrir las



ricas tierras: “tan buen caballero y soldado [...] tan bien quisto en aquellos reinos del Pirú” (106). Zúñiga explica el origen de las noticias que sobre el Dorado habían llegado a oídos de los conquistadores españoles: los indios del Brasil, llevados a la ciudad de Lima con su señor, “dijeron haber visto por el río mejor tierra y más rica que Pirú y otras muchas cosas”, pero el cronista da cuenta de la decepcionante realidad: “que en todo mentían” (107), y señala el propósito paralelo que alentaba la expedición: “dar remedio a muchos caballeros y hijosdalgo que en Pirú andaban perdidos” (106-107), o sea, buscar una compensación para todos esos soldados que, después de haber arriesgado sus vidas, sus familias y sus bienes en el descubrimiento y conquista de los territorios de esa parte del sur americano, no habían recibido ni un pago, ni la menor remuneración por sus servicios, y se debatían en la miseria.

La dimensión de la codicia que impulsaba a los hombres queda también expuesta; valorando poco lo que con tanto esfuerzo habían conseguido, dejaban todo para embarcarse:

[...] en todo lo cual se había gastado mucha cantidad de dinero; allí era de ver la gran perdición que quedó y ver todos los soldados tan tristes y pesantes en ver quedar sus caballos tan queridos y regalados, sus ganados, ropa y hacienda que era gran lástima verlo; y todo esto lo recibían con buen ánimo, porque esperaban verse dentro de un mes, como decían las guías, en la mejor y más rica tierra del mundo (112).

Las expectativas se acrecentaban con la información que obtenían de los indios:

que dentro de cinco días que caminásemos agua abajo, llegaríamos a Omagua, y así nos lo venían diciendo más había de veinte días. Y mintieron en todo lo que dijeron [...] y era por echarnos de su tierra, porque no les comiésemos la comida (114).

El desengaño fue tan grande como antes habían sido sus esperanzas; todo puede soportarse, menos la deshonra que, para ellos, conllevaba la derrota: “que ciertamente se pusieron mucho por

no volver a tierras ni perder sus honras, teniéndolas en más que las vidas" (112).

Zúñiga considera que para comprender bien los sucesos es necesario saber cómo es el medio geográfico, y proporciona una pormenorizada descripción de los ríos afluentes del Amazonas y de los poblados a lo largo de estos ríos, indicando nombres y distancias que los separan:

Decían los pilotos que el río del Marañón es brazo del de las Amazonas, porque hacia el rumbo que sale a la mar el río de Marañón, vimos apartar un brazo y correr hacia allá, por donde se entiende que es todo uno, pues no sale el uno del otro más de ochenta leguas (110).

La vida cotidiana durante la travesía, el aspecto práctico, recibe gran atención por parte de Zúñiga. Las primeras barcas se perdieron apenas echadas al agua; así, se reducía el espacio para repartir a la gente y acomodar muebles y objetos en los bergantines, canoas y balsas. Con detalle refiere cómo el hambre fue la constante compañera de viaje, pues el abastecimiento de alimentos fue insuficiente desde el principio; sin embargo, en algunos pueblos o caseríos ribereños encontraban pescado, yuca, huevos de tortuga y lagartos que remediaban por algunos días su necesidad (113).

En su relación, Gonzalo de Zúñiga se revela como un atento observador de los hombres y mujeres que, viajando juntos, enfrentaban las inclemencias del tiempo y los muchos peligros que implicaba una travesía por ríos y territorios desconocidos. Al ver que el derrotero indicado por los guías resultaba erróneo, Ursúa

empezó a rescebir tristeza y gran mohína y hacerse mal acondicionado, aunque ya él lo era de antes que saliésemos del Pirú; y venía mal quisto con todos los más de los soldados, y no quería amistad con nadie, y trataba mal algunos de palabra [...] (115-116).

Se explica así cómo el carácter egoísta y malhumorado del gobernador le ganó enemigos, lo cual, aunado a su apatía y excеси-

va confianza (no formó guardia personal), favoreció la conspiración para eliminarlo.

En el relato de los hechos que siguen al asesinato de Ursúa, Zúñiga revive el clima de confusión y temor durante la noche en que asesinaron al gobernador; la desconfianza dominaba el ánimo de los más cercanos a él, quienes corrían a encerrarse o huían al monte para evitar ser también asesinados. Destaca la atención que el cronista presta a la figura de Aguirre y el cuidado con que describe la evolución del soldado implacable que se convierte en el más cruel tirano: conforme crecía su soberbia, aumentaban sus recelos. La “elección” de don Fernando de Guzmán se selló con la firma del documento en el que todos juraron quererlo como su general. Los editores hacen notar que “la encerrona de las firmas y el miedo de los firmantes que quedaban así ‘en prenda’ en manos de Aguirre, no se le escaparon a Zúñiga” (125), a quien podemos imaginar observando la actitud del tirano:

Estando firmando, estaba el maese de campo Lope de Aguirre con un rostro airado, mirando los que venían a firmar si se turbaban o si venían de mala gana, y mirando los que firmaban a la cara, por ver cuál se demudaba o turbaba y recibía alteración en su rostro, para conocer cuáles eran los amigos o enemigos; por lo cual todos no osaban mostrar sino muy alegre semblante y decir mucho bien del negocio. Todo lo susodicho ordenó el cruel tirano de Lope de Aguirre porque entendiesen los soldados que estaban muy prendados (125).

Aguirre – dice Zúñiga – se dejaba llevar por rumores y chismes; sintiéndose amenazado por una simple sospecha, mataba o mandaba matar al supuesto traidor (127-129). Su crueldad lo hacía tan temido como odiado; el odio que Aguirre percibía le generó el delirio de persecución, detonante de la cadena de crímenes que sólo terminaría con su propia muerte.

En nota de pie de página, los editores bien señalan que Gonzalo de Zúñiga es, como cronista,

uno de los más analíticos en cuanto a las intrigas, alianzas y traiciones que iban alimentando el desarrollo de la rebelión. También se distingue por subrayar repetidamente el potencial explosivo de la presencia de doña Inés de Atienza en el campo y la dinámica particular del bando de los vascongados (122).

En efecto, los deseos y celos que provocaba doña Inés fueron causa de pendencias y graves enconos (127-128), hasta que el perverso Aguirre determinó que dos soldados fueran a darle muerte:

[...] y la hallaron escondida entre unas yerbas, y la dieron de estocadas y puñaladas y lanzadas; y después de muerta aún no se hartaban de darle, como andaban tan encarnizados en matar, que ciertamente pocos hombres tuvieran ánimo para matar una mujer tan hermosa como ella era (129).

Uno de los rasgos que caracterizan este relato es, sin duda, el impresionante realismo con que el autor recrea algunas escenas que hacen patente la violencia y crueldad de que Aguirre era capaz, como aquella en que después de ordenar la muerte de su maestre de campo en la isla Margarita, se da cuenta de lo que un soldado “muy íntimo amigo suyo (de Aguirre), llamado Llamoso, que era el mayor carnicero que tenía [...]” hizo con el cuerpo del desdichado maestre para probar su absoluta lealtad al tirano (141-142).

En la crónica se halla intercalado un romance (148-149), cuyos primeros versos dicen:

Riberas del Marañón,  
do gran mal se ha congelado,  
se levantó un vizcaíno,  
muy peor que andaluzado.  
La muerte de muchos buenos  
el gran traidor ha causado,  
usando de muchas mañas,  
cautelas como malvado;  
[...]

Los editores indican que, originalmente,

el texto de este romance cerraba el relato de la expedición hasta la estancia en la isla Margarita. Hay que recordar que Zúñiga escapó y se escondió apenas desembarcar en la isla, y no reapareció hasta el 31 de agosto, después de la partida de Aguirre a tierra firme. Tuvo, pues, que escribir la parte de la relación que sigue al romance [llegada del tirano a la provincia de Venezuela] de oídas (147).

La tercera parte de *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones* reúne seis documentos “oficiales” relacionados con la expedición. El primero es la “Proclamación de don Hernando de Guzmán como príncipe del Perú”. En nota a pie de página los editores comentan que la información de los supervivientes en relación con este documento es muy contradictoria, pues no queda claro si los marañones firmaron en apoyo a la sustitución de un gobernador negligente, que se había ganado muchas enemistades (Ursúa) o si firmaron la elección de un Príncipe para emanciparse de la Corona española.

El segundo y tercer documentos son declaraciones: una que aparece como “de los compañeros del padre provincial Montesión” – en la que el declarante específico es Álvaro de Acuña –, y otra de Cristóbal Gil y Diego Hernández, todas realizadas en la Audiencia de Santo Domingo entre el 27 y el 30 de agosto de 1561. En estos documentos se asienta la versión que estos hombres sobrevivientes, una vez apresados, proporcionaron sobre lo sucedido durante la travesía.

La “Sentencia del juez Bernáldez contra la memoria y fama de Lope de Aguirre” constituye el cuarto documento, elaborado en la ciudad del Tocuyo en la gobernación de Venezuela. Después de resumir los crímenes del tirano, se asienta el proceso

contra la memoria del dicho Lope de Aguirre, por ser defunto. Y para hacer en el caso justicia, mandaba, y mandó, que se llamen por pregones y editos públicos todos los parientes y amigos del

dicho Lope de Aguirre y las personas que pretendieren algún derecho para le heredar o quisieran defender su memoria y bienes en cualquier manera [...] (404-405).

Dado que nadie se presentó, se pronunció la sentencia definitiva: el tirano Lope de Aguirre cometió el “crimen de *lese magestatis* contra la Majestad Real del rey Don Felipe, nuestro señor [...]”, por lo que su fama y memoria serán tenidas “por de hombre traidor y tirano contra su rey señor natural”, por lo cual se declara “haber sido justamente degollado y hecho cuartos” (406).

A los demás involucrados en la rebelión, el rey les concede el perdón, que se hace oficial en la “Real provisión de la audiencia de Santo Domingo por la que se perdona a los marañones”. En este documento, Felipe II da poder al licenciado Alonso de Beráldez para que a

toda gente y soldados que se pasaren a nuestro servicio los podáis acoger con vos y darles cartas de perdón, por las cuales les perdonamos qualesquier delitos, traiciones, alzamientos, tiranías y muertes y otros insultos que hayan cometido en el tiempo que andan debajo del dicho tirano [...] (410).

Sin embargo, en el último de los documentos incluidos, la “Cédula de Felipe II al Nuevo Reino sobre el castigo de los marañones”, el monarca manda que a los culpables de la rebelión se les busque “porque conviene que sean castigados como la gravedad de su delito lo requiere, y a los que hallaren los prendan para proceder contra ellos conforme a derecho” (413). Al respecto, los editores hacen notar cómo esta orden contradice la provisión de la Audiencia de Santo Domingo, y que no andaba descaminado Aguirre en no otorgar crédito a las promesas de perdón del rey (414).

Para la mejor comprensión de las relaciones sobre la empresa del Dorado, escritas por los marañones, así como de los demás documentos incluidos, los editores han elaborado una muy completa e interesante introducción biográfica y crítica dividida en cinco secciones (7-41), aunque podemos considerar seis si se cuenta

como primera el perfil de Pedro de Ursúa y sus antecedentes como cabeza de la expedición. La última sección —“El peregrino” — trata sobre Lope de Aguirre y el papel que desempeñó en la terrible aventura, de manera que completa la exposición sobre las figuras centrales. La segunda sección, intitulada “El interior fabuloso” expone el componente fantástico que da lugar a la expedición; explica el origen del mito del Dorado y de otras regiones maravillosas, supuestamente ubicadas en América y que habían despertado la curiosidad y la ambición de exploradores y conquistadores. La tercera sección, “Del desencanto a la rebelión”, consiste en un breve y claro panorama de las sublevaciones que tuvieron lugar entre 1534 y 1560, y ofrece un contexto preciso del levantamiento de Aguirre. Dentro de las crónicas y relatos sobre la exploración y conquista de los diversos territorios americanos ¿dónde ubicar los de los marañones? La respuesta está en la sección “Tres paradigmas narrativos”, que explica muy bien cómo cada uno de esos textos fue configurando un tipo de narración. En el primer paradigma todos los elementos se integran en una visión sin contradicciones y configuran una narración en la que la realidad parece ajustarse perfectamente a los deseos del narrador. El sujeto se construye como figura de control que, desde la certeza y exactitud de sus apreciaciones, va tejiendo en el discurso una representación de la realidad que confirma y verifica punto por punto su visión subjetiva y sus necesidades personales. El primer ejemplo es Colón, que se enfrentó al fracaso desde su primer viaje, cuando, a fin de cuentas, no encontró nada de lo que esperaba, y las promesas que les había hecho a sus inversores no se materializaron, porque esa masa continental encontrada no era Asia oriental, y las islas no eran Catay (China) ni Cipango (Japón). Sin embargo, Colón nunca modificó su visión de su propio éxito. Y, si bien es cierto que la realidad se resistía a coincidir con sus expectativas, la narración le pertenecía, y en ella Colón reconstruía verbalmente la visión del continente (América) que los hechos se empeñaban en negar. Sus diarios y cartas iban configurando un paradigma narrativo que se articulaba sobre el éxito de su empresa, sobre la reafirmación de sus mitos y sueños personales.

Hernán Cortés adoptaría el mismo paradigma para la narración de la conquista de México. El discurso narrativo de sus *Cartas de relación* construyó un relato de su conquista como lugar simbólico de la trasgresión en legalidad, de la rebelión en obediencia, del caos en orden, del fracaso ocasional en un éxito sin fisuras. La narrativa de las *Cartas* se despliega como escenificación de una trayectoria ejemplar en la que se dejan ver el orden y la armonía ficticios de un México dominado y controlado magistralmente por Cortés. Éste había escapado hacia México con las naves en contra de la orden de Velázquez, pero en las *Cartas* se transforma la trasgresión en el “servicio” de un vasallo ejemplar que actúa movido por un propósito: la defensa del interés del rey. Las acciones de Cortés se ven infaliblemente coronadas por el éxito: los errores se omiten y los fracasos son culpa de agentes contrarios al interés real. Dentro de las *Cartas* todos los elementos se integran en una visión sin contradicciones y configuran un paradigma narrativo en el que, como en el caso de Colón, la realidad parece ajustarse a los deseos del narrador.

El segundo paradigma se organiza no desde el éxito (o desde la voluntad de éxito), sino desde la experiencia del fracaso, y no reafirma la validez de los modelos europeos y expectativas individuales. Inscribe el error y la decepción como balance del encuentro entre los modelos y expectativas de los descubridores y realidades americanas: verifica el desajuste trágico entre la visión triunfante del primer paradigma y una realidad americana que desborda y cuestiona las categorías mismas de percepción de una subjetividad ajena, y reivindica el valor del sufrimiento frente al del éxito. En los textos del segundo paradigma, el sujeto no se construye ya como encarnación del orden ideológico español, figura de control de las nuevas realidades, agente infalible del poder colonial. La narrativa muestra un sujeto que se humaniza, vacila, duda, se equivoca, sufre y fracasa. El mundo exterior ya no se construye como simple extensión del deseo o de la voluntad del sujeto, sino en pugna permanente con él. En este segundo paradigma, la narración se presenta como una crónica de infortunios que va revelando la crisis y el cuestionamiento progresivo



de todo un imaginario que, al trasladar a América los mitos, objetivos fabulosos y visiones del mundo desconocido, reducía la realidad geográfica, humana y cultural de América a los parámetros de la tradición europea. Por ejemplo, la desembocadura del río Orinoco y el golfo de Paria se transforman, en la *Relación del tercer viaje* de Colón, en el Paraíso Terrenal. Los *Naufragios* de Cabeza de Vaca iluminan la trayectoria simbólica que recorre el sujeto desde la crisis radical de la propia identidad hasta su transformación final.

El tercer paradigma comparte con el primero la visión inicial de América como espacio imaginario capaz de albergar maravillas, oportunidades insólitas, riquezas incalculables. A primera vista parece desplegarse, igual que en el segundo paradigma, como una relación de infortunios y una crónica del desengaño. Pero — como sucede en la expedición de Pedro de Ursúa hacia Omagua y el Dorado — ya desde el principio los objetivos fabulosos se desdibujan, pierden realidad y se esfuman eclipsados por la presencia de una realidad natural desaforada y de un ambiente intolerable de dudas, conjuras, amenazas y traiciones. La narración del tercer paradigma se despliega implacable como una articulación discursiva de la desintegración.

En los documentos y relaciones que narran la jornada de Ursúa, cada uno de los autores se encuentra implicado en los terribles sucesos, y sobre cada uno de ellos pesa la acusación de traición y la pena de muerte. De ahí que los narradores tengan, por lo menos, un objetivo común: la demostración de la propia inocencia, y que las narraciones compartan estrategias de aproximación a los hechos que narran. El resultado es que nos encontramos ante un corpus en el que las narraciones no sólo comparten un mismo paradigma narrativo, sino que configuran una verdadera narración coral. Aquí el foco de la narración no es el infortunio ni la experiencia del fracaso, aunque no dejen de manifestarse la decepción y el descontento.

En “El sentido de una rebelión” se comenta la relación de Francisco Velázquez, que para los editores “es la más rica de todo el corpus. No es la única que, bajo el propósito declarado de contar

objetivamente los sucesos de la expedición, construye una cuidadosa representación de los mismos...pero sí la más compleja" (31).

Para completar la abundante información sobre el que sin duda es uno de los episodios más sorprendentes e interesantes de la historia de la conquista de América, la edición se cierra con dos apéndices: uno presenta en un cuadro la cronología e itinerario de los marañones, de acuerdo con los datos que señalan los autores de las relaciones; el otro apéndice —“*Dramatis personae*” — es un breve diccionario biográfico de los principales personajes mencionados en los relatos. Hubiera venido muy bien —hace falta— un pequeño mapa para indicar la trayectoria de la expedición.

*Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones* es mucho más que una compilación de relaciones y documentos sobre la desastrosa aventura del Dorado. Es una obra que, además de conducir al lector por el camino en que se gestó la sublevación de un grupo de soldados liderados por el aterrorizante Lope de Aguirre, lo ayuda a comprender cuál es el lugar que corresponde a estos textos dentro de los relatos y crónicas de Indias.

LEONOR FERNÁNDEZ GUILLERMO  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

José Luis Puerto. *Leyendas de tradición oral en la provincia de León*. León: Diputación de León-Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2011; 970 pp.

La bibliografía acerca de las leyendas registradas de la tradición oral en la península Ibérica y en el mundo hispánico en general va muy por detrás de la que hay ya disponible acerca de nuestros cuentos folclóricos. Hace casi tres décadas, el empeño de Julio Camarena en situar en el mapa de nuestros estudios literarios el repertorio de los cuentos alumbró unas cuantas obras precursoras, al tiempo que sorprendentemente maduras. Primero el primer volumen de los *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de*